

DEFENDAMOS la soberanía contra las Compañías

POR ANTONIO JOSE RESTREPO

[Tomado de la obra *El Moderno Imperialismo*. De tan buen libro nos habla en esta entrega el joven abogado D. Francisco Uribe].

Uual se abrieron los puertos al comercio exterior, con amplitud de ángulo obtuso, así se declaró libre también la navegación de las aguas territoriales, inclusive los ríos internos de propiedad exclusiva nacional. Colombia lo hizo así desde 1852, 5 de abril, en que, por ley especial, declaró lo que sigue, que rige y se practica en el país como cosa corriente, sin daño para nadie, con beneficio para todos:

«Artículo 1.—Desde la publicación de esta ley, es libre la navegación de los ríos de la República, en barcos de vapor extranjeros y bajo su propia bandera...»

Desde que los ferrocarriles empezaron a usarse, se comenzó también en aquellos países a bregar por construirlos y utilizarlos, junto con el mejoramiento de todas las vías y rutas, para el cómodo, rápido y barato transporte de mercaderías y pasajeros. No se han olvidado tampoco las carreteras, los caminos de herradura, automovilarios, etc.; pues si los medios y recursos no siempre han abundado, ni se han distribuido con discreción y bajo un plan sabiamente conducido, ello es que se ha evitado, en lo posible, el caer en las garras de Compañías privilegiadas por décadas y aun centenas de años, Compañías que, al adueñarse de los transportes, dominan y supeditan la producción, arruinan las industrias y ejercen realmente la soberanía, con mengua de los Gobiernos y sacrificio de la comunidad.

Esto es, desgraciadamente, lo que pasa en Colombia, ahora, con la boyante industria del café, de que nos ocupamos en este libro, y será, probablemente, lo que pase en otros países americanos, donde se cultiva y exporta también el precioso grano. Como verá quien nos lea, este problema económico de la lucha entre el productor, propiamente dicho, y el acarreador (que algunos consideran como productor también, puesto que el artículo no puede considerarse acabado mientras no sea puesto al alcance del consumidor), se estudia y se patentiza al hablar particularmente de la industria del plátano; pero lo allí demostrado se aplica, sin discriminación, a la industria del café, a la de cacao, pieles, carne, azúcar, etcétera, etc.

Por eso se recalca en este libro sobre

la necesidad imperiosa de mejorar los transportes y de controlarlos rigurosamente, en las tarifas y métodos, por el Estado, es decir, por el Gobierno. Puede la administración oficial no ser excelente, no ser siquiera buena, ser decididamente mala. Convenido. Pero no es odiosa, no es depresiva, no es humillante. El Estado somos todos; cada cual se siente representado allí, y si muchos se interesan en robarlo, en estropear y sabotear sus propiedades y objetos destinados a los servicios públicos, hay también muchos que lo defienden, que denuncian, gritan, publican sus quejas y reclaman las reformas y la debida vigilancia.

En tanto que contra las Compañías privilegiadas, esas desafortunadas pandillas de modernos bandidos dedicados a la explotación de sus semejantes por medio de los capitales acumulados y hábilmente dirigidos; contra esas ordalías de la producción, de la libertad, honra y vida de los ciudadanos, no queda ninguna esperanza de redención, porque ellas todo lo corrompen, todo lo venden, todo lo compran, todo

lo dominan y avasallan. Son la forma moderna del despotismo, proteico monstruo que, derrotado en el campo político, donde nos ufamamos de haberlo hollado a nuestros pies, se refugió al campo económico, se llamó *Sociedad Anónima*, se puso a solicitar los servicios públicos en privilegio y encadenó a los pueblos entre más duros y eficaces eslabones, que no lo hicieron jamás los tiranos más famosos de la Historia.

Hay, pues, que defender la soberanía nacional contra esta forma de usurpación, y no emplearla nunca, al legislar, contra los mismos fines benéficos para que los Estados la han asumido. Defender la soberanía contra las Compañías, combinaciones, *trusts*, etcétera, es defender la riqueza producida y propender para que se acreciente esa producción. En vano se otorga, o, mejor, se reconoce la libertad de las industrias en las leyes, si de hecho y contra derecho, los explotadores de la locomoción les dan la ley de su voluntad, les imponen sus tarifas, se llevan su ganancia, las constriñen, las agotan y las matan.

Es, pues, urgente que todos los Gobiernos americanos que fincan en la exportación de sus productos agrícolas y mineros su aporte principal para el cambio con las otras Naciones, se premunan contra este peligro, que, después de «la baja rapacidad de los negociantes proteccionistas», es el mayor que amenaza y desmedra su riqueza.

La impresión ingenua

POR JOSÉ SILVANO

El programa de los estudiantes

EN los inolvidables días del centenario se celebraron en esta capital varios congresos. De antemano sabíamos que estos congresos se limitan a un cambio de elocuencias y de copas de champagne, y de ellos no quedan sino unas fotografías borrosas del grupo de congregantes, que al cabo terminan por desteñirse completamente, como los propósitos progresistas con que se reúnen dichas asambleas.

Entre esos varios congresos septembrinos, sin duda el más notable fué el Internacional de Estudiantes, en que estuvo representada la mayoría de los países, desde Estados Unidos hasta la Argentina. Pero las sesiones del Congreso se deslizaron raudamente, y ya empezábamos a creer que los jóvenes estudiantes se habían limitado a seguir el ejemplo de los diplomáticos, esto es, gozar mucho y no hacer nada, cuando ahora aparece en la prensa la labor generosa, honrada y audaz de los universitarios. Tal es el programa de trabajos adoptado por dicho Con-

greso, el cual define una orientación franca y cabal hacia el mejor porvenir esperado por todos los hombres de ideal y de conciencia.

Todas las cláusulas del referido programa encierran un anhelo conciente y preciso de ver el reino de la justicia y de la paz sobre la tierra; pero deberemos fijarnos principalmente en aquellas que revelan hondos instintos humanitarios, profundas convicciones melioristas en el ánimo de la mayoría universitaria que tuvo el acierto de definir sus aspiraciones en una forma que concuerda admirablemente con los dictados de la época.

Según el programa, los estudiantes asumen una actitud concreta ante los problemas mundiales y especialmente ante los americanos. Protestan por el atropello de fuerza que significa la retención de Tacna, Arica y Tarapacá, por Chile, y simpatizan con la actitud de los universitarios chilenos que han exigido de su Gobierno una solución justa de esa ya antigua y engorrosa cuestión, perturbadora de la frater-